

ENTRE LA CELEBRACIÓN Y EL DESENCANTO. PERSPECTIVAS INTELECTUALES SOBRE LA DEMOCRACIA Y LA SOCIEDAD AL ARRIBO DEL MÉXICO BICENTENARIO.

Javier Contreras Alcántara³

RESUMEN

El año 2010 representa para México el de la celebración del bicentenario de su independencia y el centenario de su revolución, esta última iniciada bajo el reclamo democrático, sin embargo a diez años de haber entrado en un proceso de alternancia presidencial y alta competencia electoral su sociedad está inmersa en el desencanto y la desconfianza respecto de sus representantes, mientras que los intelectuales acusan desconfianza y lamentación respecto de los ciudadanos y sus prácticas, lo que tiene como resultado una condición precaria de la democracia en cuestión de confianza, resultados y calidad. Este artículo intenta dar una respuesta a la pregunta ¿cómo se desarrolló esta relación de desconfianza de los intelectuales hacia la sociedad durante el proceso de cambio político de un régimen autoritario a uno democrático? Para ello se revisarán las reflexiones, sobre la democracia y la sociedad, de los intelectuales participantes de las publicaciones dirigidas por Octavio Paz, *Vuelta* y *Plural*, así como sus continuadores en *Letras Libres*.

3 Profesor-Investigador Titular en El Colegio de San Luis A. C. Doctor de Investigación en Ciencias Sociales con mención en Ciencia Política por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) Sede Académica México. Líneas de investigación: Pensamiento político contemporáneo en México, Historia conceptual de lo político, Populismo, Imagen audiovisual en la política. Artículos de publicación reciente: “Venezuela en los bordes de la democracia”, “El ‘peligro para México’. La batalla por la configuración de los imaginarios políticos” y “El encanto audiovisual en la política: una mirada reflexiva al spot político-electoral televisivo”. **Contacto:** jcontreras@colsan.edu.mx

PALABRAS CLAVE

México, intelectuales, desencanto, sociedad, cambio político, bicentenario.

ABSTRACT

2010 is a commemorative year: 200 years of Independence and 100 since a revolution started with a democratic claim. However, today after ten years of political change and high electoral competence Mexican society is disappointed and distrusts its representatives, while the intellectuals claim disappointment with society and its political practices. The result has been a weakened democracy, corruption and violation of the law. This article aims to answer how this intellectual disappointment emerged within the process of change that moved from authoritarianism to democracy, through an analysis of intellectual reflections on democracy and society published in the magazines *Plural* and *Vuelta* –both directed by Octavio Paz- and *Letras Libres*.

KEYWORDS

Mexico, intellectuals, disappoints, society, political change, bicentenaries commemoration.

Es ampliamente conocida que la historia reciente de la democracia en los países de América Latina ha estado marcada por una oscilación que ha ido del entusiasmo a la decepción en poco menos de tres décadas. México no es la excepción y a diez años de haber entrado en un proceso de alternancia en el poder presidencial, en la celebración del bicentenario de su independencia y del centenario de su revolución –que comenzó como lucha por la democracia-, su sociedad se encuentra inmersa en un ánimo de pesimismo acerca de su presente y su futuro en el ámbito político,

con la salvedad de que el objeto del desencanto no es la democracia en sí, sino la clase política.⁴

Lo anterior no causa ningún desconcierto, gran parte del territorio democrático surgido en la tercera ola de la democracia aqueja el mismo malestar: el comportamiento de su clase política y los magros resultados de su accionar. Pero hay un rasgo en el caso mexicano que llama la atención: un cierto malestar entre los intelectuales mexicanos, que pareciera ser un estado anímico de pesimismo que ha perdurado desde los primeros días como estado independiente (Escalante 2010: 81-84), no sólo con los políticos sino con la sociedad y sus prácticas políticas.

El panorama presente, el que se vive al arribo de la celebración bicentennial, tendría entonces dos aristas: por un lado, el desencanto, decepción y desconfianza de los ciudadanos respecto de sus representantes y, por el otro, la desconfianza y lamentación de los intelectuales respecto a los políticos pero también respecto de los ciudadanos y sus prácticas, lo que tiene como resultado una condición precaria de la democracia en cuestión de confianza, resultados y calidad, al arribo de la celebración del centenario de una revolución que se inició bajo el reclamo democrático por la validez del sufragio y la no reelección. Ahora bien, ¿cómo se desarrolló esta relación de desconfianza de los intelectuales hacia la

4 En una encuesta nacional, realizada por Berumen y Asociados para el periódico *El Universal*, levantado entre el 19 y 22 de febrero y publicada en marzo de 2010, si bien 72% de los encuestados preferían a la democracia sobre cualquier otra forma de gobierno, 69% se encontraba insatisfecho con la manera en que funciona en el país. Entre las causas más mencionadas respecto a la principal falla de la democracia están: abuso del poder 16%, corrupción 15%, incumplimiento de promesas de campaña 15%, partidos políticos 11%, y un 10% que señala que hay ausencia de democracia.

sociedad durante el proceso de transición de un régimen autoritario a uno democrático?

La pregunta anterior es la que se intentará responder aquí, planteada dentro de ciertos límites y requerimientos metodológicos. El primero es asumir a la democracia como un campo de tensiones ideológicas contingentes, lo que implica que el sentido y significado de las ideas y conceptos de lo político sólo puede recobrase –de manera limitada- desde una perspectiva de reconstrucción histórica de los problemas políticos que se intentaron resolver en su desarrollo. Así, la pregunta inicial implica preguntarse ¿cómo han pensado los intelectuales mexicanos a la democracia y a la sociedad en relación con ella? Lo anterior en el lapso que va de 1970 a 2006, momento en que se desarrolla el proceso de cambio político que lleva a la democracia actual.

Segundo, si bien la figura contemporánea del intelectual mexicano es ampliamente cuestionada, al punto de afirmarse por los mismos que pasea en el borde entre la decadencia y la extinción, su función política primordial se mantiene: trazar, a través de los pronunciamientos públicos de sus posturas, los límites de lo que es aceptable y lo que no lo es de acuerdo a ciertos valores, principios ideológicos o narrativas hegemónicas o críticas, que idealmente deben, en su perspectiva, regir en la sociedad (Contreras, 2010: 34-76). Lo que interesa entonces son las interpretaciones sobre la conformación de la sociedad hechas circular públicamente por los intelectuales, pues estas permiten observar cómo es que han pensado a la democracia y a la sociedad mexicana en sus procesos de configuración y ordenamiento.

Tercera especificación metodológica. Dentro del espectro de intelectuales mexicanos y de sus grupos de asociación se observa a

uno en particular: el grupo alrededor de las publicaciones dirigidas por Octavio Paz, un grupo que no se asume como tal sino como ‘solitarios solidarios’ unidos por la “autonomía del pensamiento y la afición a la literatura” (Paz y Sakay, 1975:82). La selección de este grupo está definida bajo el criterio de que integran a uno de los grupos más relevantes existentes en ese periodo y que continúa al presente, así como porque varios de los escritos centrales para entender la configuración política del país y las reflexiones sobre esta –o sus autores- aparecieron publicados en las revistas *Plural*, *Vuelta* y *Letras Libres*.⁵

Hechas las aclaraciones, se da lugar a la revisión del surgimiento de la desconfianza intelectual sobre la sociedad y los ciudadanos. En lo que sigue, el artículo consta de cuatro apartados: el primero revisa la década de los setenta y la relación percibida por los intelectuales entre el régimen y la sociedad, el segundo revisa el impulso por el cambio político en la década de los ochenta y noventa, el tercero retoma el desarrollo del cambio político durante la década de los noventa así como la primera década del siglo XXI, finalmente en el cuarto segmento se esbozan algunos comentarios finales.

Perfilando al régimen y a la sociedad

El año 1971 ve surgir a la revista *Plural* dirigida por Octavio Paz –publicación mensual suplemento del diario *Excélsior* dirigido por

⁵ El otro grupo es el integrado alrededor de la revista *Nexos*, que aparece en 1978 y permanece al día de hoy.

Julio Scherer- y, con ella, a uno de los grandes grupos intelectuales de México, el cual se sobrepondría a su salida de *Plural* en 1976 para fundar *Vuelta* y que sobreviviría a la muerte del mismo Paz en 1998 para seguir en *Letras Libres* bajo la dirección de Enrique Krauze.

Este no sería el primer grupo intelectual existente en el país tras la revolución, pero sí el que más tiempo se ha mantenido. Y si bien la literatura y la cultura han sido sus ejes de dominio temático, la reflexión y crítica política han tenido un importante lugar en ellas pues, como decía Paz (1976: 4-5) en la editorial del primer número de *Vuelta*: “un pueblo sin poesía es un pueblo sin alma, una nación sin crítica es una nación ciega”.⁶

El momento en que aparece *Plural* es altamente relevante para el proceso subsecuente de cambio político pues durante este periodo se produce el rompimiento con la idea de que el régimen mexicano era una ‘democracia social’ para avanzar hacia la idea de que la forma del régimen vigente era distinta a la democracia. Varios son los intentos que se realizan durante la década de los setenta por caracterizar y definir conceptualmente al régimen, los que irán de ‘monarquía sexenal hereditaria en forma transversal’ a ‘dictadura’ y a cierta discusión alrededor del carácter ‘autoritario’ y hasta ‘totalitario’ del régimen y la pertinencia de tales términos para definirlo⁷.

6 De la crítica política estuvieron encargados principalmente en *Plural*: Daniel Cosío Villegas, Rafael Segovia, Gabriel Zaid, y Gastón García Cantú, además del mismo Paz y algunos otros intelectuales con apariciones esporádicas o debidas a un encuentro sobre ‘intelectuales y política’: Carlos Fuentes, Juan García Ponce, Jaime García Terrés, Carlos Monsiváis, José Emilio Pacheco, Tomás Segovia y Luis Villoro.

7 No será sino hasta 1988 cuando, en el medio del reclamo democrático, se logrará dar fin a esa discusión con un cierto acuerdo en que el régimen era autoritario. Para la discusión final sobre el carácter autoritario del régimen ver de José Antonio Crespo (1988) “Del autoritarismo a la democracia. El mito cultural”.

Los elementos que hasta entonces se habían considerado para caracterizar al país como parte del mundo democrático y que dificultaban la claridad conceptual para definir al régimen se derivaban de los reacomodos ideológicos y experiencias políticas de la segunda guerra mundial. Así, pese a que se había reconocido desde los años cuarenta que no había una competencia electoral real el régimen era considerado democrático. Tales factores eran: su alineación con los países ganadores de la segunda guerra mundial, defensores de la libertad, justicia e igualdad, valores que se empataban con los principios derivados de la revolución de 1910, y la ola creciente que ponía como objetivo de los gobiernos alcanzar el bienestar social, lo cual en México se empataba con el objetivo gubernamental de alcanzar la ‘justicia social’ bajo el impulso de una cierta bonanza económica que permitía la modernización del país y la movilidad social en materia económica, además de que la ‘justicia social’ era –y sigue siendo– un principio rector del programa de gobierno creado tras la revolución mexicana.

Pero había otro factor a considerar: los gobiernos de la revolución habían mantenido el respeto a la libertad de las personas y de los países, situación que contrastaba con el resto de América Latina que vivía oscilaciones entre la democracia y las dictaduras militares, pero también con el comportamiento de los países que atendían al procedimiento característico de la democracia para formar al gobierno (Estados Unidos e Inglaterra), el cual era altamente cuestionado pues se consideraban sus intentos de intervención en el mundo como un imperialismo comparable al intento de expansión de los regímenes nazi-fascistas.

México entonces era una ‘democracia’ que se diferenciaba de las dictaduras y de las ‘democracias políticas’ por su enfoque social

y de respeto a la libertad, de ahí que se le denominara ‘democracia social’, pero esta idea acerca del régimen mexicano comenzó a resquebrajarse a inicios de la década del setenta pues se hacía evidente la contradicción entre los principios con que se legitimaban los gobiernos de la revolución y los resultados de su ejercicio del poder.

Así, en lo que refiere al principio de justicia social, los resultados apuntaban a lo que se interpretaba como desigualdad e injusticia en el desarrollo económico, pues el modelo económico seguido había generado una brecha entre los sectores altos, beneficiados por la bonanza industrializadora, así como por el surgimiento y movilización social de los sectores de clase media incorporados a la burocracia gubernamental, y los sectores excluidos integrados principalmente por obreros y habitantes del medio rural (campesinos).

También, durante esa década, se hizo evidente la contradicción entre el principio que dio origen a la revolución, la democracia, con un gobierno que era ejercido a todos niveles por los miembros de sólo un partido, haciendo parecer un mero ritual las elecciones, así como con la libertad que el gobierno decía defender, por la continua intervención de éste en los medios de comunicación a manera de censura; además, de los actos de represión a las acciones políticas de estudiantes universitarios, en octubre de 1968 y de junio de 1971, que contradecían el discurso oficial de apertura política y respeto a las libertades.

Estas contradicciones dan lugar a la ruptura total con la idea de que el régimen mexicano era una democracia al hacerse explícita, por parte de los intelectuales, la simulación democrática que perduraba y la consecuente pérdida de legitimidad del régimen de la revolución. Así, ya en *Vuelta*, Gastón García Cantú (1976:30)

escribía: “Los mexicanos no hemos vivido la democracia sino la dictadura. La historia de nuestro país habrá de revisarse a partir de una premisa; la democracia como simulación.”

A partir de entonces se presenta como eje de la discusión política a los fundamentos de legitimidad del régimen que, si bien se consideraba habían sido los principios del programa de la revolución, estaban agotados por las acciones y omisiones de los gobiernos revolucionarios, de tal manera que se afirmaba la ausencia de legitimidad o bien la existencia de una legitimidad basada en la negociación de la agenda temática entre la élite política y económica pero que dejaba fuera a gran parte de la sociedad.

Si bien de tal situación se podría esperar un fuerte reclamo de los intelectuales y de la sociedad en general para demandar una democratización más radical que las propuestas del régimen priista en materia electoral, salvo algunos intentos que tomaron la opción guerrillera, esto no sucedió. ¿Por qué? La respuesta radica en una idea que cobró fuerza y que centró la atención de los intelectuales en la sociedad: los beneficios económicos y políticos que recibía gran parte de la población, por parte del gobierno, generaba una especie de consentimiento negociado a favor del régimen bajo el esquema de ‘compra-venta de voluntades’. Así, decía Víctor Urquidí (1978: 4) en las páginas de *Vuelta*:

Todos los mexicanos somos responsables de esta crisis, principalmente porque no tenemos conciencia suficiente de nuestra problemática general y porque la participación ciudadana en los planteamientos y las soluciones es muy limitada. Por ignorancia, por desidia o por codicia, la mayoría de los distintos miembros de los

grupos sociales persiguen su interés particular con notoria indiferencia hacia la colectividad como un todo y hacia la interrelación armónica de sus partes.

La responsabilidad de la situación política era de todos, particularmente de aquellos que habían entrado a la transacción de compra-venta de voluntades con el régimen priista. La sociedad mexicana, de acuerdo con los análisis intelectuales de la época, era una sociedad anémica, sin liderazgos políticos, sin ideas, sin rumbo, sin una moral pública que hiciera válidos sus reclamos y nadie más que ella era la responsable por la situación.

El régimen, entonces, podía mantenerse gracias a la relación de convivencia que había generado con los sectores corporativos hacia dentro del PRI (principalmente sindicatos y agrupaciones campesinas por su incorporación política y atención especial a demandas de beneficios y concesiones) y, de manera fragmentada, con los sectores de clase media a través de su incorporación a la burocracia, así como con la clase alta del país que se veía beneficiada en la política económica.

Así, para Paz (1978: 39), lo que permitía que el régimen priista subsistiera era la existencia de un esquema de alianzas cambiantes entre grupos con intereses en competencia, que siempre, para alcanzar sus metas, terminaban por incluir en sus alianzas al régimen a través de la burocracia partidaria (PRI) o la burocracia administrativa (gobierno) pues la vida económica no existía fuera de estas. Las burocracias, entonces, se convertían en el fiel de la balanza que determinaba en alto grado al ganador entre los grupos de interés en competencia, por lo que convivían en una relación de alianzas, rup-

turas y complicidades, lo mismo con capitalistas privados que con sindicatos obreros, o, diluida al terreno personal, con quienquiera que deseara algo a través del gobierno. Bajo este formato, todos ganaban pero, a largo plazo, todos perdían. La responsabilidad entonces por la situación que se vivía era responsabilidad de todos.

Hacia el final de la década, Manuel Camacho (1978: 28-29) – en ese momento investigador de El Colegio de México que después pasaría a formar parte del gobierno y luego de la oposición política de izquierda- consideraba que el régimen se había sostenido hasta entonces por tres fuentes de legitimidad: primero la legitimidad revolucionaria, que al debilitarse se apoyó en la herencia republicana del siglo XIX asumida por el régimen –la que implicaría la conservación de libertades políticas y civiles que contendrían al mismo régimen- y, por último, las políticas coyunturales que le permitían satisfacer a sus diversas clientelas –esto explicaba que al mismo tiempo el gobierno mantuviera, por ejemplo, una política económica de desarrollo estabilizador que beneficiaba al sector privado y una política exterior de izquierda que a su vez mantenía satisfechos a ciertos grupos intelectuales y de estudiantes-.

Sin embargo, ante la franca contradicción de la realidad social con estas formas de legitimación y una generación de jóvenes de clase media –universitaria en buen número y crítica-, al régimen sólo le quedaba buscar una nueva fuente de legitimidad, la que estaba en la regulación del acceso al poder, se trataba de una legitimidad de carácter democrática. Dirá Paz (1978: 41): “La nueva legalidad que busca el régimen se funda en el reconocimiento de que existen otros partidos y proyectos políticos, es decir en el pluralismo. Es un paso hacia la democracia”.

Pese al ‘optimismo’ sobre el cambio político la sombra de la duda se posaba en la transformación que podía traer consigo la modificación del orden legal en las estructuras políticas de la sociedad y en su comportamiento político. De ahí que el primer problema que aparezca sea el de la debilidad de los partidos políticos pues, acostumbrados a ser “títeres en la farsa electoral”, ¿cómo podrían competir seriamente contra el PRI? Un pluralismo con esos integrantes sería, decía Paz, un “remedo de pluralismo” que lejos de solucionar el problema de legitimidad lo agravaría. Y el segundo problema: la presencia de prácticas arcaicas, no modernas, en la sociedad, lo mismo en la clase más baja que en la clase media y en la más alta.

Así, la reforma política electoral que se realizaba desde 1976 apuntaba a una apertura democrática, pero las condiciones y los actores y prácticas con los cuales se desarrollaba despertaban pesimismo, porque se percibía un problema más grande: la falta de una sociedad civil crítica y moderna. Como diría Jorge Ibarguen-
goitia (1979: 33): “el PRI es minoría, de acuerdo, pero está sostenido en el poder por una masa enorme y corrupta, a la que tiene acceso caso todo mexicano que está dispuesto a hacer un favor con tal de que le hagan otros a cambio”.

De la desconfianza al optimismo sobre la sociedad con escalas en el agravio y la tragedia

Si bien la década de los ochenta comenzó en las páginas de *Vuelta* de la misma forma en que terminó la de los setenta, con el pesimismo acerca de la ausencia de prácticas democráticas en la so-

ciudad y sus grupos –desde los intelectuales hasta los obreros pasando por los periodistas y empresarios y burócratas-, la realización de las elecciones presidenciales de 1982 colocó al tema electoral en el centro de la reflexión intelectual y las circunstancias en las que se realizaron así como sus resultados dieron lugar a un giro en ella.

Habrà de recordarse que durante 1982 México se encontró inmerso en una crisis económica de grandes dimensiones debido, entre otros factores externos e internos, a una gran deuda externa, lo cual afectó a las condiciones bajo las cuales se mantenía el tácito acuerdo de conveniencias, principalmente, entre clase media y régimen, pues no se podía seguir manteniendo la movilización social ascendente, llevándoles a un rompimiento. Así, de ser vista como conservadora de privilegios y factor de impedimento del cambio político, la clase media comenzó a ser vista como promotora de la transición a la democracia, sobre todo por lo que sucedería con la elección presidencial y las locales que le seguirían.

Las elecciones de 1982 fueron sobresalientes por sus resultados pues ante la espera de un voto mayoritario en contra del PRI, o un alto nivel de abstención, se presentó una votación copiosa a favor del PRI en la que sería, según dice Enrique Krauze (1982: 51), la más alta participación desde 1940. ¿Cómo fue interpretado ese resultado? Para Krauze, el voto a favor del candidato del PRI fue un voto a favor del presidencialismo no del partido, fue un voto a favor de los valores de la revolución, pero también fue un voto bajo la lógica del ‘más vale malo conocido que bueno por conocer’, pues los partidos de oposición, incluyendo los de izquierda que se habían incorporado luego de la reforma electoral de 1976 a la competencia, no eran alternativas percibidas como reales y sólidas. El

voto fue a favor de la estabilidad en medio de la crisis, básicamente un voto de miedo.

En las elecciones estatales que le siguieron comienza a surgir la petición intelectual, que luego será exigencia, para que los triunfos de la oposición en las elecciones locales –estatales y municipales- fueran reconocidos. Y es que la votación por el Partido Acción Nacional –PAN- se había incrementado en los estados del norte del país, lo que se veía como una renovación o impulso democrático de la clase media pues esa zona era industrial y de fuerte producción ganadera y agrícola de exportación.

Bajo tal contexto, en enero de 1984, aparece en las páginas de *Vuelta*, “Por una democracia sin adjetivos”, artículo de Enrique Krauze que será un texto central de lo que se conoce como el reclamo democrático y que muestra el componente no solo coyuntural sino emocional del reclamo mismo.

Krauze argumenta que México había sufrido un “agravio” y que la única manera de solventarlo era con la democracia (1984: 4-13). Por supuesto, quien había cometido el agravio era el régimen priista, el gobierno, quien habría sido irresponsable en el manejo de la riqueza petrolera entre 1977 y 1982, lo que habría conducido a la crisis económica de 1982, consistiendo el agravio en que una situación de oportunidad para el progreso y la resolución de problemas ancestrales –desnutrición, desigualdad, insalubridad, pobreza- terminó en una crisis económica que profundizó esos problemas.

Krauze retoma de Daniel Cosío Villegas la idea de que el avance político del país se realiza por la comisión de un agravio y la exigencia de la reparación de éste, integrando una lógica pendular de agravio-desagravio para explicar el cambio político en México.

Luego de hacer el recuento histórico del país bajo esa perspectiva, Krauze afirma que el nuevo agravio era la debacle económica originada por el gran poder concentrado en el presidente y en sus decisiones, de lo que se seguía que el desagravio radicaba en contrarrestar esa concentración de poder y la única forma de hacerlo era con la caída del régimen priista y la instauración de la vida democrática.

Pero el planteamiento de Krauze se desarrolla en terrenos pantanosos cuando se considera el rol de la sociedad. El rompimiento con el régimen, que llevaría hacia la democracia, es provocado porque la crisis económica impedía que el gobierno cumpliera con su “proverbial función de dar” y si este es el motivo de la ruptura de la relación de conveniencias entre sociedad y régimen ¿qué hubiera pasado si no se hubiera caído en la crisis económica?, ¿se habría generado el reclamo de cambio político?

Pareciera que el reclamo no es sino una expresión de enojo de la clase media por la abrupta caída en las altas expectativas de movilización social debido al ‘oro negro’. Y Krauze da una pista clara de ello pues, en los primeros párrafos de su artículo, señala que los agravios “pertenecen al reino natural de las pasiones, no al de la razón”, pero se olvida de indicar que la exigencia del desagravio pertenece a ese reino también. Y es que además no había elementos razonables suficientes para confiar en que la democracia tendría buen punto de llegada pues al revisar Krauze el comportamiento en el México de la época de tres actores relevantes en el cambio político (el gobierno, la sociedad y la prensa) se desvela la debilidad del reclamo.

En primer lugar encuentra dudosa la voluntad del régimen para realizar una apertura verdadera y afincar las bases de su au-

tocontención, en segundo lugar duda de la participación de la sociedad en la reforma política y moral, y en tercero, la vida pública a través de la prensa le parece pobre y, además, carente de una crítica real por parte de los intelectuales. Así, a este punto, el reclamo se manifiesta casi impotente: el único camino para llegar a la democracia es por la vía de la concentración de poder del presidente y su voluntad decisoria, el camino era a través del causante y la causa del agravio: “Si en México biografía personal es destino nacional, Miguel de la Madrid representa una posibilidad de desagravio y democratización” (Krauze, 1984: 9).

Si había duda acerca del componente emocional del reclamo, este queda claro cuando dice que la corrupción, la demagogia y la irresponsabilidad, llegaron a tal extremo en los últimos quince años que la pasividad de la sociedad se convirtió en “rencor vivo”. Ese resentimiento, ese rencor, es lo que parece mover a la sociedad —¿acaso a Krauze?— en su demanda.

Pero el reclamo profundo no es para exigir la democracia sino el castigo de quien le engañó, de ahí que Krauze señale que el verdadero desagravio está en el juicio al ex presidente José López Portillo, el desagravio está en el sacrificio de quien causó la pérdida: “El acto de justicia que la opinión aún espera es el juicio a López Portillo y Cía.: los autores del robo del siglo. *Ese juicio es la condición necesaria para desagraviar histórica y moralmente a México. Y la única posible*” (Krauze, 1984:10). La democracia sería entonces la segunda mejor opción para desagraviar a México.

El reclamo que pronuncia Krauze se origina en la pasión, el régimen está en deuda con el pueblo y la única forma de pagarla, en tanto ya no puede dar bienestar económico, es con la entrega del

poder, con el respeto a las urnas, con la democracia sin adjetivos, sin importar en qué, o por qué, condiciones se llegue a ella. Visto en retrospectiva el reclamo “por una democracia sin adjetivos” respondía al estado emocional generalizado que, dice Krauze (1984: 4), vivían los mexicanos:

La sensación de haber sido víctima de un gran engaño, las evidencias de la más alucinante corrupción, la abrupta y continua fluctuación de expectativas, todo ello y el sacrificio cotidiano e incierto que impone la crisis, se ha enlazado hasta formar un nudo difícil de desatar, un nudo hecho de azoro, arbitrariedad, cinismo, depresión, angustia y, sobre todo, incomprensión.

Entre las diversas reacciones que suscitó el artículo se encuentran dos que ponían en cuestión el reclamo: la primera por las necesidades institucionales y operativas, la segunda por la base de apoyo del reclamo. En el primer caso, Manuel Camacho –ex investigador de El Colegio de México que para este momento formaba parte de los gobiernos priistas y que después pasaría a integrarse a la izquierda mexicana- (1984: 42-45), observó que Krauze descuida dos cosas altamente relevantes: la primera, que en su exigencia por una democracia sin adjetivos –en franca confrontación con la idea del régimen de definirse como democracia social, democracia económica, democracia nueva, etcétera- se olvida que ésta requiere un entramado institucional para solventar la cuestión operativa, y segunda, que se olvida de la discrepancia entre el ideal y las condiciones históricas efectivas del país que dificulta la puesta en operación inmediata de la democracia electoral. Así, mientras que

para Camacho la democracia implica, además del procedimiento, un ordenamiento institucional y social, para Krauze la democracia comienza y termina en el respeto al voto.

Por otra parte, Rafael Segovia (1984: 44) –investigador de El Colegio de México- ve el problema del reclamo democrático en otro lugar: la ausencia de sociedad civil. México era un país donde el Estado había ocupado un lugar que no le correspondía, porque había tenido que llenar los espacios que le corresponderían a la sociedad civil, corriendo los riesgos y absorbiendo los costos que aquella debería correr y asumir.

Ahora bien, por sociedad civil Segovia comprendía a los empresarios, esto es relevante porque, poco después, Octavio Paz llamará bajo ese nombre a “clases nuevas urbanas”: el proletariado industrial y la clase media (1985a: 7-12), lo cual implica que el término sociedad civil estaba en proceso de formación, mientras que el término amplio para referir a la sociedad es ‘pueblo’. Sin embargo, en lo que interesa aquí, el texto de Paz menciona que esas clases nuevas también están incorporadas al partido-régimen, entonces, ¿quién sostiene el reclamo democrático?

Para Paz no es que la sociedad sostenga a la democracia sino que la democracia “liberará las energías de nuestro pueblo”, lo transformará, lo renovará moralmente. La pregunta que surge entonces es ¿por qué era necesario renovar al pueblo? La respuesta no aparece ahí, sólo se puede hilar, por lo que ha dicho desde que apareció *El laberinto de la soledad* (1950) en la revista dirigida por Jesús Silva Herzog *Cuadernos Americanos*, que el problema radica en la mezcla de comportamientos y actitudes arcaicas, premodernas, que evitaban la existencia plena de un pueblo moder-

no, de una sociedad moderna, comportamientos que sostendrían al régimen heredero de la revolución, que a su vez sería un ejemplo mayor de esa dualidad antiguo-moderno que dominaba a México.

Los recelos, pasiones y reclamos no quedarían ahí. En 1985, hubo elecciones para integrar el Congreso y gobiernos, y en sus resultados, Krauze (1985a: 63) sólo pudo encontrar agravio, la democracia no llegó como él esperaba y acusaba un “fraude evidente hasta lo grotesco” y pedía “arroyo histórico”, lo que fuera que eso significara, para llegar a la democracia. Y pone en claro lo que en ese momento significaba la democracia para “amplios sectores de la opinión pública”: la democracia era alivio, válvula de escape social, economía, descentralización, crédito (léase confianza), vitalidad política, congruencia, madurez y prestigio mundial, prevención al autoritarismo abierto, realismo, vía pacífica del cambio, reanimación. La democracia era todo eso, su significado estaba más allá del mero procedimiento para elegir gobernantes, estaba cargada de expectativas y esperanzas, la democracia como era entendida en ese momento estaba más cerca de ser un estado de ánimo que un procedimiento o régimen político.

Llegaría el terremoto del 19 de septiembre de 1985, con deseos y reclamos intelectuales por democracia pero sin ciudadanos, sin sociedad civil para hacerla real más allá del recuerdo del movimiento estudiantil de 1968, sin partidos políticos fuertes como opción alternativa, y con desesperos porque el PRI no dejaba el poder, pero ante la devastación dejada por el terremoto, Paz y Krauze (1985b: 11-14) encontrarían un motivo para celebrar: el surgimiento de lo que les hacía falta, una sociedad participativa.

Los temblores del 19 y 20 de septiembre nos han redescubierto un pueblo que parecía oculto por los fracasos de los últimos años y por la erosión moral de nuestras élites. Un pueblo paciente, solidario, tenaz, realmente democrático y sabio (Paz, 1985b: 8).

El pueblo, motivo de duda por mucho tiempo, aparecía de pronto lleno de virtudes, dejando al descubierto que en sus profundidades, enterradas, había “muchos gérmenes democráticos”, antiguos, dormidos en el “subsuelo histórico”. Así, en la “lucidez sonámbula”, como le llama Paz a esta emergencia, el pueblo demostró la “realidad verdadera, la realidad histórica de México (Paz, 1985b: 8-9).

Para Krauze aparecía “en la máxima oscuridad la máxima luz”, pues el terremoto había obligado a la maduración colectiva en unas cuantas horas, cuando tomaría normalmente años. Un cambio moral se estaba operando en la sociedad y estaba en el punto en el cual podría cambiar su destino. Así, con el terremoto de septiembre de 1985, el verdadero pueblo apareció, finalmente había a nombre de quién poder reclamar el agravio, a nombre de quién reclamar la democracia.

Y el reclamo electoral llegaría, ahora como postura editorial a partir de las elecciones para elegir gobernadores en 1986. Se denunciaban tres cosas: actos de fraude electoral, el silencio de la prensa de circulación nacional ante estos y una dinámica de alabanza al PRI y condena a la oposición por parte de la prensa. Pero también se sugería que había un nuevo ente otorgador de legítimi-

dad política: la clase media urbana, la cual aportaría el único voto realmente válido, pues el voto rural era de dominio priísta⁸.

Pero el optimismo duró poco pues, en los preludios a la elección de 1988, Octavio Paz (1987: 62-63) afirma que la democracia en México sólo podría lograrse en la medida en que se modificara la cultura política, así a la reforma política debería ir emparejada una reforma intelectual y moral. La “lucidez sonámbula” de un año atrás no era suficiente para basar en ella a la democracia, el problema seguía siendo la sociedad, sus prácticas y valores. Sin embargo, el optimismo sobre la sociedad y la idea de democracia como cuestión meramente procedimental estaban en su punto más fuerte.

El año de 1988 da lugar, en el medio intelectual, a la reinterpretación de la historia, a la elaboración sintética de la historia del proceso de cambio político, así como a la caracterización definitiva del régimen priísta como autoritarismo, y a la aceptación de la lógica de confrontación entre lo antiguo y lo moderno, el pasado y el futuro, el autoritarismo y la democracia, y al encumbramiento de la clase media como portadora de la legitimidad democrática por su ‘independencia’ y rechazo del régimen.

Inclusive para la revista *Vuelta* es momento de cambio con la incorporación de nuevos analistas de la cuestión política, que representa el inicio de un giro en las características del intelectual contemporáneo en México, pues se pasa del intelectual que proviene del arte al que proviene de la academia.

8 Este punto sería sometido a discusión por Rafael Segovia en “La crisis del sistema de partidos” (1986) y sería el último artículo que publicó en *Vuelta* tras una nota de descalificación que publicaron en su contra.

A su vez, las elecciones de 1988 inauguraron una etapa nueva en la historia del país, pues fueron las más controvertidas del siglo XX: el ganador fue Carlos Salinas, candidato del PRI, sin embargo, las dudas sobre la legalidad de su victoria persisten hasta hoy ante la sospecha de un fraude sobre el resultado que arrojaría como ganador a Cuauhtémoc Cárdenas –candidato por un grupo de partidos de izquierda, que luego se convertirían en el Partido de la Revolución Democrática (PRD)-. El resultado, independientemente de los reclamos, tenía varias implicaciones temáticas y políticas para los años que vendrían.

El primer asunto a destacar radica en que esta fue una competencia en la cual los dos candidatos más votados eran miembros del PRI, pues Cárdenas había pertenecido hasta poco antes a ese partido, lo que indicaría que el voto contra el PRI no era necesariamente un voto contra el régimen, puesto que Cárdenas era el hijo del expresidente Lázaro Cárdenas, uno de los iconos del régimen de la revolución. Pero el que votaran por éste –parte de la expresión más tradicional del partido- y no por el candidato oficial –parte de la corriente neoliberal tecnocrática de reciente predominio- fue interpretado como una demanda social por un cambio político, como una demanda de democracia, no como una vuelta al pasado.

La segunda cuestión interesante es que la sospecha de ilegalidad en las elecciones se consideraba un “pecado” de origen, cuya expiación se podría pagar sólo con la democracia, esto es, con la contención del régimen, la apertura y el respeto a la competencia electoral real. La tercera cuestión de interés, ligada a la anterior, radica en el cambio en la idea de legitimidad del poder político, que comienza a emparejarse a la procedencia electoral del gobernante

y no a su vinculación al régimen de la revolución o a alguna decisión política coyuntural.

Se inicia entonces la discusión sobre la reforma electoral, y con ella se comienza a distinguir la separación entre Estado, régimen y gobierno; términos que hasta entonces se habían utilizado indistintamente para nominar al dominio priista; también se establece como indicador del arribo a la democracia la derrota del PRI en las elecciones.

Tras 1988 se pasó del reclamo *naïve* de democracia a la discusión sobre el diseño institucional necesario para el sostenimiento de esta. Los primeros temas fueron las características de la legislación electoral y la construcción de un sistema de partidos fuerte, para luego pasar a la discusión sobre la necesaria imparcialidad de la autoridad encargada de organizar y vigilar las elecciones, pues, con la experiencia de los fraudes electorales, no se podía aceptar que el gobierno fuera quien se siguiera haciendo cargo de tales labores y en ese momento la legitimidad de las elecciones dependía del grado de credibilidad sobre su resultado.

Las elecciones de 1991, para elegir diputados y algunos gobernadores, trajeron consigo la discusión sobre si el momento de cambio político era una democratización o una liberalización. Esta pregunta sólo se respondería con el rol que decidiera jugar el gobierno en esas elecciones, puesto que al reconocimiento en 1989 de su derrota en la elección de gobernador en Baja California al PRI le habían seguido sólo victorias. Situación esta última que, además de la creciente abstención en las elecciones realizadas luego de la de 1988, generaba incertidumbre sobre la sociedad y su compromiso político, pues si la asistencia de la población en gran número a votar

en 1988 se interpretó como una nueva cultura política o, al menos, como inconformidad con el régimen (Sánchez Susarrey 1992: 55-57), ¿cómo se podía interpretar su abstención o su voto por el PRI?

Sin embargo, pese a la nueva duda sobre la sociedad no hay más lugar en la reflexión intelectual sobre la ciudadanía, sólo lo hay para las cuestiones institucionales de la reforma política, después de todo el único valor que se le reconoce a esta es la de su participación en cada elección. Inclusive, cuando se percatan de que uno de los problemas que enfrenta la democracia radica en los comportamientos y prácticas políticas de ciudadanos y partidos, la solución se plantea sólo en términos institucionales y de legislación, pero no se formula nunca como un problema de cultura política, pues se asume vigente una supuesta tradición liberal y una cierta “nobleza de los instintos morales del pueblo de México” (Krauze, 1993: 11). Algo que diez años antes no se podía siquiera sostener sin que la afirmación cayera bajo la sospecha de la inconvivencia entre sociedad y régimen.

La elección de 1994 llegó sin que lo viejo acabara de morir y lo nuevo de nacer (Sánchez Susarrey, 1993: 69-70), y con dos sobresaltos: el primero por el levantamiento armado del Ejército Zapatista de Liberación Nacional y, el segundo, por el asesinato del candidato presidencial del PRI –Luis Donald Colosio-. Pero también con moderación en la idea de que sólo la derrota del PRI comprobaría el arribo a la democracia, lo que permitió que la victoria del candidato sustituto del PRI –Ernesto Zedillo- estuviera fuera de toda discusión.

Una vez más la sociedad se hace presente como tema en las reflexiones intelectuales, pues ante las circunstancias que vivía el

país había participado de la elección el 80% de los ciudadanos registrados en el padrón electoral. Así, hay un ‘segundo despertar’, o, para decirlo con Octavio Paz (1994: 11-12), una ‘aparición’ de la sociedad: “en las profundidades del alma popular aparecen actitudes ante la vida pública que son la negación de las tradicionales. Emerge, todavía entre brumas, un México desconocido: un México de ciudadanos”.

Reconsideraciones

Hacia 1997 el optimismo sobre la sociedad y los ciudadanos del México desconocido comienza a decaer. La duda sobre la sociedad y sus virtudes reaparece, ahora en la crítica a una lógica que domina el discurso y la acción política: la lógica de la víctima que denuncia un despojo, un agravio que trastoca el orden de las cosas, ‘las necesidades del pueblo’, en cuyo nombre se puede violentar la ley (Escalante 1997a: 46-48; Escalante 1997b: 57-59; Escalante 1997c: 46-48) y hacer caso omiso de la autoridad.

Al reflexionar sobre la democracia que se estaba construyendo en México, el mismo Escalante observa que el proceso de cambio político se encuentra estancado, por la falta de resultados, por la cultura política de las élites y de los ciudadanos, y esboza lo que será la línea de los años siguientes: “Hace ya mucho que hablamos de democracia y acudimos a votar sin que haya apenas quejas, y ganan unos y otros, pero la cosa no camina” (Escalante, 1998: 61)

La muerte de Octavio Paz en 1998 deja en suspenso la reflexión acerca del tipo de democracia que se estaba construyendo

en México, y marca el fin de *Vuelta*. Pero Enrique Krauze tomará el mando y fundará una nueva revista que aparecerá en enero de 1999: *Letras Libres*. Krauze (1999: 76-77) retoma, en cierto sentido, la reflexión sobre la democracia en construcción y encuentra que “ignora sus propios mecanismos y límites, [es] vociferante e irresponsable, emocional y no inteligente”. La causa de ello radicaba, según ese mismo autor, en una falta de cultura política democrática debido a que por mucho tiempo se había simulado la democracia sin ejercerse, pero esas prácticas seguían presentes, de tal manera que la democracia mexicana de fin de siglo era una “democracia adolescente” que debía ‘madurar’ con la participación responsable de los candidatos, los partidos, el gobierno, los medios de comunicación y los ciudadanos.

Este artículo, sin embargo, significa un cambio en la mirada de Krauze sobre la sociedad civil pues critica la cultura política de la sociedad al pedir a las organizaciones de la sociedad civil que respeten las libertades de los demás ciudadanos y que abandonen el repertorio de acciones que incluye a las marchas, bloqueos, concentraciones y huelgas. Aunque no abandona el optimismo, pues en otro artículo de ese mismo año (1999: 82) celebra una “mutación silenciosa en la cultura democrática del mexicano” que comienza a “entender y hacer suyo el legado de los liberales del siglo XIX”.

A partir de entonces, hay un giro en el interés político de la revista que va de lo electoral a lo cultural, aun y cuando en el año 2000 se celebrarían las elecciones presidenciales en las que por fin se llegaría a la esperada derrota del PRI. En la antesala de tal acontecimiento, Krauze (2000: 18-21) se da a la tarea de reflexionar sobre las tareas pendientes y señala que en cuanto a legisla-

ción, instituciones y prácticas electorales, el avance era innegable, pero que el problema estaba en la cultura política, en “la matriz de ideas y creencias, a menudo inconscientes, que permean y norman nuestra vida cotidiana de manera más profunda que las leyes, las prácticas o las instituciones”. Invierte así la mirada de Paz, para quien de lo profundo había surgido la semilla democrática y ponía en cuestionamiento la idea de que la democracia haría posible el renacimiento moral.

Krauze se pregunta ¿cómo se enseña el hábito ético de escuchar?, ¿cómo introducir un mínimo de civismo en la vida diaria? La fe y el optimismo ciego que tuvo veinte años atrás en la voluntad democrática de la sociedad se resquebraja, comenzando la crítica hacia sí mismo y los intelectuales por no haber visto lo que a este momento le parece indispensable: sin un mínimo de cultura política democrática no puede haber democracia sin adjetivos.

Una vez pasados los alborotos por la derrota del PRI y los “embrollos” y “extravíos” del nuevo gobierno, Krauze (2003: 12-15) retoma la reflexión sobre la democracia y la sociedad. A este autor le comienza a quedar claro que democracia y liberalismo no son sinónimos, pues veía en el mundo que regímenes “electos legalmente” estaban caminando hacia la demagogia y la pérdida de libertades. Tal distinción le obliga a revisar la historia reciente de México, encontrando que ha habido liberales pero no demócratas, y el mejor ejemplo lo encuentra pasando revista a los intelectuales mexicanos del siglo XX, donde encuentra que Daniel Cosío Villegas y Octavio Paz tuvieron preocupaciones liberales pero no tomaban en serio la democracia –Octavio Paz hasta el final lo hizo, dice Krauze reivindicándolo-.

Pero la lista de apenas dos personajes que hace Krauze de los intelectuales liberales del siglo XX –sugiriendo, claro está, que él sería además del heredero de los dos anteriores, el único intelectual liberal demócrata- despierta algunas preocupaciones que él no alcanza a formular: si es verdad que México ha tenido apenas dos liberales ¿es el liberalismo en el México del siglo XX un mito decimonónico?, ¿la presencia de apenas dos o tres personajes con preocupaciones que se pueden clasificar de liberales basta para sostener que ha habido liberalismo en México?, ¿será que dos o tres liberales bastan para todo un país, para generar una cultura liberal?, y ¿será que basta un intelectual liberal y demócrata para generar una cultura liberal democrática?, y si no ha habido liberales y, como sugiere Krauze, no ha habido liberales demócratas hasta antes de él ¿cómo esperar que exista una cultura política que afiance a la democracia?

A partir de aquí el estado de ánimo de decepción, impaciencia y amargura comienza a ser la nota común. En un artículo conjunto Roger Bartra y Jesús Silva-Herzog Márquez (2003: 18-22) lo dejan en claro: hay “elecciones en democracia” pero eso no ha implicado una “democracia constructiva”, un gobierno eficaz o decisiones relevantes, la clase política está carente de imaginación, la democracia se encuentra inmersa “en la cultura gris y fastidiosa de la tradición institucional revolucionaria”, hay una mezcla de prácticas propias de la cultura del priismo con nuevas tretas, prácticas y entendimientos sobre la democracia que, en la pretensión de sacar ventaja electoral, son irresponsables. Y de nueva cuenta se formula de manera explícita la crítica a la concepción de la democracia de los ochenta con su énfasis electoral, luego institucional, y el descui-

do por la cultura política: “estamos padeciendo las consecuencias de la simpleza con la que se concibió la tarea democrática”.

Y como *dejá vu* el ‘todos somos responsables’ reaparece en el pensamiento intelectual. Para 2004 México estaba convertido, en la perspectiva de *Letras Libres*, en una Babel, en un teatro protagonizado por la clase política, pero no eran ellos los únicos responsables:

...también han fallado instituciones clave como la Iglesia o las grandes universidades, los grupos de poder empresarial y los intelectuales, y la propia sociedad civil, sobre todo los grupos que siguen enarbolando la ley del machete contra el imperio de la ley. En diversa medida, todos somos responsables. Conquistamos la democracia pero no hemos sabido como habitarla (Krauze, 2004:24).

La elección presidencial de 2006, quizá la más competitiva en la historia del país, tuvo como resultado un serio conflicto alrededor de la legitimidad del mismo, pero para los integrantes de *Letras Libres* estaba claro que la confrontación era la muestra de la existencia de dos lógicas, una democrática y otra pre-democrática, o como decía Paz, una moderna y otra pre-moderna, que buscaba hacer un chantaje para obtener ventaja asumiéndose mayoría cuando era una minoría. No hacía falta discutir nada, sólo exponer a los quejosos como una manifestación del pasado. Lo viejo que no acaba de morir y lo nuevo que no acaba de nacer.

De ahí al 2010 no ha pasado mucho. Ha crecido la insistencia en la necesidad y urgencia de un cambio mayor en la estructura de organización política y cultural del país pero nadie sabe cómo

hacerlo posible, mientras que el tema de la delincuencia, la inseguridad y el combate al narcotráfico acaparan la atención.

Quizá lo más reciente han sido las reflexiones que sugieren que los principios irrenunciables derivados de la revolución mexicana han sido un punto de entrampe y empantanamiento, pero no ha habido mucho eco de estas, ni tampoco formulación de alternativas a ellos, es más, la celebración centenaria parece, hasta ahora, pasar desapercibida. Quizá lo preponderante es el tedio y el convencimiento cada día mayor de que nadie está a la altura de los tiempos, que se camina a oscuras hacia el porvenir, o, al menos, con los ojos cerrados o cegados.

Apuntes finales

Dice Pierre Rosanvallon en *La contrademocracia* (2007) que “La vida de la democracia de ningún modo está hecha de la confrontación con un modelo ideal: en primer lugar es la exploración de un problema a resolver” y es la exploración de las soluciones intentadas al problema del ordenamiento político de la sociedad mexicana el que ha tratado de ser expuesto aquí para el caso mexicano al arribo de la celebración por el bicentenario de su independencia y el centenario de su revolución.

La historia reciente de la democracia mexicana es la de la urgencia por acabar con la concentración del poder en la presidencia y acabar con el monopolio del poder por parte del partido heredero de la revolución, con una concepción de la democracia como mero procedimiento y respeto al voto, urgencia y concepción en la que

se descuidó la cultura política de la sociedad, asumiendo, a pesar de las muchas advertencias y desconfianzas previas en la sociedad, que era real la existencia de una herencia liberal que podría sostener las prácticas democráticas, la cual luego se mostró insuficiente, casi inexistente, para llevar a un buen funcionamiento el cambio político.

A cien años del inicio de una revolución que surgió bajo el reclamo por la democracia, hoy se tiene en México una democracia precaria, producto de las urgencias, simplezas y lastres con que fue concebida, sin embargo no se ha podido comprender que quizá eso sea lo normal, que el desarrollo de la democracia siempre será solución incompleta, siempre el encuentro de problemas a resolver. La tarea intelectual inmediata quizá sea abandonar el desencanto, la impaciencia y la desesperación, ver a la democracia en una nueva perspectiva, en un nuevo porvenir.

Bibliografía

- BARTRA, ROGER Y JESÚS SILVA-HERZOG MÁRQUEZ (2003): “Reparar o sembrar. Una conversación sobre política mexicana”. En *Letras Libres*, No. 54, junio, pp. 18-22. Camacho, Manuel (1978): “Las piezas del sistema: la herencia republicana”. En *Vuelta*, No. 18, marzo, pp. 28-29.
- CAMACHO, MANUEL (1984): “La batalla democrática”. En *Vuelta*, No. 90, mayo, pp. 42-45.
- CONTRERAS ALCÁNTARA, JAVIER (2010): *Legitimidad y democracia en el México contemporáneo. Estudio del cambio político y conceptual a través de los discursos de algunos*

- intelectuales mexicanos: Cuadernos Americanos, Plural, Vuelta y Letras Libres*. Tesis Doctoral. FLACSO México. Versión electrónica disponible en: <http://www.flacsoandes.org/dspace/handle/10469/1785>
- CRESPO, JOSÉ ANTONIO (1988): “Del Autoritarismo a la Democracia. El mito cultural”. En *Vuelta*, No. 137, abril, pp. 30-37.
- ESCALANTE GONZALBO, FERNANDO (1997a): “La revolución interminable”. En *Vuelta*, No. 243, febrero, pp. 46-48.
- ESCALANTE GONZALBO, FERNANDO (1997b): “La política del resentimiento”. En *Vuelta*, No. 244, marzo, pp. 57-59.
- ESCALANTE GONZALBO, FERNANDO (1997c): “Virtudes indispensables”. En *Vuelta*, No. 245, pp. 46-48.
- ESCALANTE GONZALBO, FERNANDO (1998): “La posible democracia mexicana”. En *Vuelta*, No. 258, mayo, pp. 60-63.
- ESCALANTE GONZALBO, FERNANDO (2010): “Ciudadanos demasiado reales”. En: *Nexos*, No. 387, marzo, pp. 81-84.
- GARCÍA CANTÚ, GASTÓN (1976): “Los convictos del sistema”. En *Vuelta*, No. 1, diciembre, pp.30-31.
- IBARGÜENGOITIA, JORGE (1979): “La vida en México en tiempos de Hank González”. En *Vuelta*, No. 31, junio, pp. 32-33.
- KRAUZE, ENRIQUE (1982): “Las urnas de Pandora”. En: *Vuelta*, No. 69, agosto, pp. 51.
- KRAUZE, ENRIQUE (1984): “Por una democracia sin adjetivos”. En *Vuelta*, No. 86, enero, pp. 4-13.
- KRAUZE, ENRIQUE (1985a): “Voto contra voto”. En *Vuelta*, No. 106, septiembre, pp. 63.
- KRAUZE, ENRIQUE (1985b): “Revelación entre las ruinas”. En *Vuelta*, No. 108, noviembre, pp. 11-14).

- KRAUZE, ENRIQUE (1993): “Madero vivo”. En: *Vuelta*, No. 196, marzo, pp. 11-14.
- KRAUZE, ENRIQUE (1999): “La democracia adolescente”. En *Letras Libres*, No. 7, julio, pp. 76-77).
- KRAUZE, ENRIQUE (2003): “Por una democracia responsable”. En: *Letras Libres*, No. 54, junio, pp. 12-15.
- KRAUZE, ENRIQUE (2004): “Para salir de Babel”. En *Letras Libres*, No. 65, mayo, pp. 24-28.
- PAZ, OCTAVIO (1976): “Vuelta”. En: *Vuelta*, No. 1, diciembre, pp. 4-5.
- PAZ, OCTAVIO (1978): “El ogro filantrópico”. En: *Vuelta*, No. 21, agosto, pp. 38-44.
- PAZ, OCTAVIO (1985a): “Hora cumplida (1929-1985)”. En *Vuelta*, No. 103, junio, pp. 7-12.
- PAZ, OCTAVIO (1985b): “Escombros y semillas”. En *Vuelta*, No. 108, noviembre, pp. 8-10.
- PAZ, OCTAVIO (1994): “Las elecciones de 1994: doble mandato”. En *Vuelta*, No. 215, pp. 8-13.
- PAZ, OCTAVIO (2006) [1950]: *El laberinto de la soledad*. México: FCE.
- PAZ, OCTAVIO Y SAKUYA SAKAY (1975): “Cambio y continuidad”. En: *Plural*, No. 42, marzo, pp. 82.
- ROSANVALLON, PIERRE (1997) [2006]: *La contrademocracia. La política en la era de la desconfianza*. Argentina: Manantial.
- SEGOVIA, RAFAEL (1984): “Malformaciones del Estado”. En *Vuelta*, No. 91, junio, pp. 44.
- SÁNCHEZ SUSARREY, JAIME (1992): “1991 Balance político”. En *Vuelta*, No. 183, febrero, pp. 55-57.
- EL UNIVERSAL (2010): “Balanza”. En <http://www.eluniversal.com.mx/graficos/pdf10/balanza.pdf>. (17 de marzo de 2010).